LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA DEL DERECHO EN LA UNIVERSIDAD Y LA RESPUESTA REALISTA

Carlos I. Massini Correas

En un acto de valiosa cooperación y amistad académica, la Universidad Panamericana de México invitó a algunos experimentados docentes universitarios a exponer en un *Coloquio Internacional sobre Tendencias Jurídicas Contemporáneas*, que organizó para octubre de 2023, en el ámbito específico de la enseñanza del Derecho Constitucional y de la Filosofía del Derecho. Además, y para guiar la exposición de los ponentes en este último ámbito del saber, les ha hecho llegar una serie de cuatro preguntas para que sean respondidas oralmente y por escrito, de modo de facilitar y unificar razonablemente los términos de la exposición y del diálogo posterior. Estas preguntas son las siguientes: 1) ¿Cuáles son las razones por las que se debe mantener la Filosofía del Derecho como asignatura específica en la enseñanza jurídica contemporánea?; 2) ¿Son atendibles las críticas que se dirigen desde el foro profesional a su impacto en la formación de los abogados?; 3) ¿Se sigue enseñando la Filosofía del Derecho de la misma forma que hace cincuenta años?; y finalmente: 4) ¿Cómo adaptar la enseñanza de la Filosofía del Derecho al lenguaje y perspectivas contemporáneas?

I. Introducción: el concepto de Filosofía Jurídica

Ahora bien, antes de comenzar con las respuestas a las cuestiones específicas planteadas, pareciera que conviene decir algunas palabras acerca de la noción misma de Filosofía del Derecho, a los fines de precisar con cierto rigor de qué se está hablando cuando se hace referencia a esa asignatura. A esos efectos será provechoso recurrir a un volumen de la otrora prestigiosa revista francesa *Archives de Philosophie du Droit*, dirigida por décadas por el notable profesor de la Universidad de París, Michel Villey, y cuyo número séptimo, correspondiente a 1962, se centró sobre el tema *Qu'est-ce que la philosophie du droit?*¹ En ese volumen, una serie de iusfilósofos relevantes de esos años (Kelsen, Batiffol, Cossio, Dabin, Del Vecchio, Kalinowski, Legaz y Lacambra, Reale, Perelman, Recasens Siches, Villey y varios más) desarrollan sus puntos de vista acerca de la naturaleza, metodología, sentido y alcances del estudio de la Filosofía del Derecho. Si bien esa encuesta tiene ya más de setenta años, tanto por la calidad de sus participantes como por la precisión y profundidad de sus propuestas, ella merece ser tenida como referencia relevante aún en estos días, así como aprovechada para alcanzar una respuesta válida a las cuestiones acerca de qué se entiende rigurosa y justificadamente por “filosofía del derecho” y si merece la pena seguirla estudiando en los estudios universitarios.

Se comenzará la exposición de las ideas sobre este tema con una breve referencia, que a muchos les parecerá insólita y desconcertante, a la respuesta que proporciona Hans Kelsen a la pregunta formulada en la citada encuesta de los *Archives*. En

1 *Archives de Philosophie du Droit*, N° 7, París, 1962, *passim*. (En adelante: APD7)

efecto, el pensador austríaco afirma en ese lugar que “la filosofía del derecho busca responder a la cuestión de saber qué reglas el derecho *debe* adoptar o establecer; en otros términos, su objeto específico es el problema de la *justicia*. Aceptando que la justicia es un postulado de la *moral*, la filosofía del derecho constituye una rama de la filosofía moral o ética. Su método es el mismo de esta disciplina”². Sin la intención de analizar *in extenso* esta definición, es posible extraer brevemente de ella algunas conclusiones puntuales: (i) para Kelsen, la filosofía del derecho sería parte de la *filosofía práctico-moral*, ya que su sentido es el de indagar y establecer aquello que el derecho *debe ser*; (ii) el tema central del saber filosófico-jurídico es el de *la justicia*, en su sentido ético; (iii) su *método propio* es, consecuentemente, el mismo que el de la ética. Por supuesto que, para este pensador, el significado de los términos “justicia”, “filosofía”, “moral”, “deber ser” y “método propio”, es el propio y privativo de su sistema individual, por lo que sería necesario para una comprensión rigurosa del texto un análisis completo de sus supuestos filosóficos, lo que no se podrá realizar aquí por razones de espacio y pertinencia³.

Se pasará entonces ahora a la exposición que realiza en esa misma encuesta el filósofo polaco Georges Kalinowski, notable especialista en lógica y epistemología jurídica, así como en ética general, que se desempeñó en la Universidad Católica de Lublin⁴

² APD7, p. 131.

³ Véase, en este punto: ERRÁZURIZ, C., *La teoría pura del Derecho de Hans Kelsen*, EUNSA, Pamplona, 1986.

⁴ Sobre el Grupo de Lublin, que Kalinowski integró junto con Karol Wojtyła, Albert Krapiec, Stefan Swiezawski y varios otros, véase: WEIGEL, G., *Testigo de la esperanza. Biografía de Juan Pablo II*, Plaza Et Janés, Barcelona, 1999, pp. 187–199.

y en el CNRS francés. Ante todo, este autor afirma que “voy a caracterizar la filosofía del derecho como una parte integrante de la filosofía, cuyo objeto son los entes dados en la experiencia sensible y su finalidad la explicación de estos por sus causas o principios últimos”⁵. Y más adelante agrega que el término “filosofía del derecho”, es “el más adecuado para designar aquella parte de la filosofía que tiene por objeto el derecho” y que “en el marco de la filosofía que tiene por objeto material al hombre, ella tiene por objeto no el estudio de la naturaleza del hombre [objeto de la antropología], sino en el de su conducta en tanto que acción práctico-moral [objeto de la ética] y no como acción productiva”⁶.

Y en cuanto a su metodología propia, Kalinowski escribe que respecto “al método de la filosofía del derecho, la experiencia jurídica práctica tiene un rol fundamental. En efecto, si la filosofía del derecho está llamada a explicar la existencia y la esencia del derecho humano, ella necesita ante todo de una experiencia práctica”⁷. Y en un sentido similar, Michel Villey sostiene que “jamás ha existido un auténtico filósofo del derecho que no reconozca a la experiencia inmediata del derecho como materia originaria de sus investigaciones”⁸. La alternativa a este realismo será un idealismo de tipo hegeliano, un empirismo positivista o alguno de los actuales constructivismos, sobre los que el autor de estas líneas ha escrito varias páginas confutando sus principales afirmaciones⁹.

5 APD7, p. 127.

6 APD7, p. 129.

7 APD7, p. 130.

8 APD7, p. 163.

9 Véase: MASSINI CORREAS, C., *Alternativas de la ética contemporánea. Constructivismo y rea-*

De aquí se sigue que, desde el punto de vista filosófico de estos autores, la materia que nos ocupa reúne las siguientes características centrales: (i) se trata de un estudio *filosófico*, es decir, universal y en términos de raíces últimas o principios primeros; (ii) se está frente a un saber de carácter *práctico-ético*, es decir, ordenado constitutivamente a la dirección o regulación de la conducta humano-social hacia la realización de sus bienes propios, ya sean personales o comunes, dirección supone la realización de *valoraciones*, ya sea acerca de los fines a perseguir como de los medios para alcanzarlos; (iii) el punto de partida de este estudio filosófico radica en la *experiencia* práctico-jurídica, es decir, en el conocimiento directo –sea éste sensible o intelectual– del fenómeno jurídico en su integralidad y complejidad¹⁰; (iv) su método es *analítico-hermenéutico* a la vez que *analógico*, y parte desde la experiencia concreta en búsqueda de la comprensión de sus principios explicativos y directivos¹¹; y (v) en definitiva, se trata de una filosofía *realista*: que parte de la experiencia –valorativa y crítica– de un tipo de fenómenos (los jurídicos) y se dirige a guiar principalmente o en términos de principios, la conducta humana hacia un bien (también humano) real y cognoscible, con la utilización de una metodología adecuada a la realidad de su objeto¹².

lismo ético, Rialp, Madrid, 2019, pp. 43–100.

10 Sobre la noción de experiencia, véase: BURGOS, J.M., *La vía de la experiencia o la salida del laberinto*, Rialp, Madrid, 2018.

11 En este punto, véase: MASSINI CORREAS, C., *Filosofía del Derecho*, 2ª Ed., Vol. I, LexisNexis, Buenos Aires, 2005.

12 Véase: MASSINI CORREAS, C., *Filosofía del Derecho*, Vol. III, Abeledo-Perrot, Buenos Aires, 2008, *passim*.

II. La primera pregunta

Luego de haber precisado qué se entiende en el presente contexto por “filosofía del derecho”, corresponde responder a la primera de las preguntas planteadas, es decir, la referida a las razones por las que se debe mantener la enseñanza de esa asignatura en las universidades de nuestros días. Pero antes de responder es conveniente efectuar una precisión semántica, referida a la expresión “filosofía del derecho”, que es la siguiente: el uso de esa expresión para referirse al estudio filosófico del fenómeno jurídico, no pertenece al pensamiento clásico y ni siquiera al moderno, sino que apareció recién en el lenguaje técnico-filosófico a comienzos del siglo XIX¹³, especialmente en la obra de Hegel *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, escrita en 1821. Pero resulta innegable que con anterioridad a ese libro, la gran mayoría de los filósofos relevantes habían realizado estudios sobre el derecho desde una perspectiva práctica y de los principios últimos, aunque integrándolos en sus estudios éticos, que incluían también las dimensiones políticas de la convivencia humana¹⁴. Y además cabe destacar que esos estudios habían integrado la currícula de la mayoría de los centros de estudios superiores, denominados desde el siglo XIII *Universitates*, mucho antes de la permanencia de Hegel en Berlín¹⁵.

Y respecto a la pregunta en sí, es posible responderla di-

13 APD7, p. 128.

14 Véase, sobre esto: WARNE, CH., *Aristotle's Nicomachean Ethics. Readers Guide*, Continuum, London–New York, 2006, passim.

15 En este punto, véase: ROSE, D., *Hegel's Philosophy of Right. A Readers Guide*, Continuum, London–New York, 2007, passim.

ciendo que las principales razones para la introducción de esa asignatura en los estudios universitarios de derecho pueden reducirse sumariamente a tres: (i) ante todo, porque la filosofía en general redundaría en claros beneficios intelectuales para los estudiantes; (ii) porque existen ámbitos del conocimiento jurídico, como la teoría de la interpretación, la metodología jurídica, la lógica y la teoría de la argumentación, el estudio de la valoración jurídica y otros, que integran la filosofía del derecho y no aparecen, en cuanto tales y específicamente, en ninguna otra asignatura; y (iii) porque su estudio acerca del significado último del derecho, hace posible que los futuros juristas conozcan el sentido y valor ético –personal y social– del ejercicio de su profesión, las habilidades–virtudes de la razón práctica que esta requiere y los fundamentos o justificación racional de la multiplicidad de elementos que componen la realidad jurídica: derechos subjetivos, normas, conductas jurídicas, saberes, virtudes, bienes humanos, y otros más que integran el fenómeno del derecho.

Respecto de la primera de las razones, es preciso recordar que la filosofía es el saber que más abre las estructuras de la mente, que –en términos de Joseph Ratzinger– “expande los horizontes de la racionalidad” más que ningún otro y que es capaz de contextualizar todos los demás saberes en profundidad y amplitud¹⁶. Por lo tanto, proporciona un saber acerca del derecho más completo, más comprensivo y más profundo que los saberes jurídicos del nivel normativo y prudencial, y por lo tanto los ilumina, precisa y justifica racionalmente de un modo eminente y con raíces

16 Cfr. RATZINGER, J., “Discurso a los participantes en el Encuentro Europeo de Profesores Universitarios”, en *Discursos del Papa Benedicto XVI al mundo académico y de la cultura*, Dirección de Publicaciones Jurídicas–Universidad Santo Tomás, Santiago de Chile, 2013, p. 225s.

universales¹⁷. Y todo esto, por supuesto, redundando en una mejora manifiesta en la dirección, valoración y determinación de las praxis jurídicas que se realizan en la vida del derecho.

La segunda de las razones enumeradas aparece como más clara aún que la precedente, toda vez que si se dejan de lado las diferentes versiones del reduccionismo¹⁸ jurídico, es decir, aquellos sistemas de pensamiento que, con la pretensión de simplificar, facilitar y defender la cientificidad –en el sentido restringido de ciencias exactas o empírico-positivas– de los saberes jurídicos, reducen el objeto de esos saberes a solo una de las múltiples dimensiones del fenómeno jurídico, para explicar luego los restantes aspectos en función excluyente de la perspectiva escogida como primordial. Tal es el caso –entre otras– de las escuelas positivistas, nihilistas, crítico-emancipatorias o idealistas (en especial los seguidores de Kant) y analítico-lingüísticas, que prescindieron total o parcialmente del recurso a la experiencia integral como punto de partida y son escépticas respecto al conocimiento de las realidades no-positivas del derecho¹⁹. Esto desemboca en una serie de visiones parcialistas, ideológicas o simplemente estrechas –y por lo tanto incompletas– de la realidad jurídica, que menoscaban el papel cognitivo de la filosofía del derecho y conducen directamente a su rechazo o menosprecio por los magistrados judiciales y jurisperitos.

17 Sobre los niveles del conocimiento jurídico, véase: SIMON, Y., *A Critique of Moral Knowledge*, Ed. R. McNemy, Fordham University Press, New York, 2002, pp. 41–50.

18 Sobre este concepto, véase: GILSON, É., *La unidad de la experiencia filosófica*, 5ª Ed., Rialp, Madrid, 2004.

19 Véase: MASSINI CORREAS, C., *Facticidad y razón en el derecho. Análisis crítico de la iusfilosofía contemporánea*, Marcial Pons, Buenos Aires–Madrid–Barcelona–Sao Paulo, 2015.

Y la tercera de las razones para estudiar filosofía del derecho, tanto en las carreras jurídicas de grado como en las de posgrado, radica en que ese saber es el único que puede otorgar justificación racional-práctica a la ética jurídico-normativa del abogado, del legislador y del juez, especificar y explicitar sus virtudes, intelectuales y morales, y otorgar una explicación rigurosa de realidades del derecho como los valores jurídicos, los derechos humanos y los bienes humanos básicos, personales o comunes, que revisten una incuestionable eticidad. Todo ello, porque un trabajo jurídico que prescindiera drásticamente de esas dimensiones, dejará de ser propiamente jurídico y se convertirá en lo que Lon Fuller denomina “dirección gerencial o administrativa”²⁰ de la conducta humana que, tal como surge de la descripción que de ella hace este autor, resulta ser una dirección manipuladora de la acción intencional y que, por lo tanto, prescinde del carácter esencialmente ético-racional del gobierno de los hombres libres. En definitiva, se trataría en este último caso de una mera técnica instrumental para la obtención y ejercicio del nudo poder sobre los hombres para la obtención de objetivos meramente útiles, puntuales, instrumentales y determinados.

III. La segunda pregunta

Lo que se ha desarrollado ayudará decisivamente en la respuesta a la segunda de las preguntas formuladas en este Coloquio: la referida a las críticas que dirigen algunos miembros del Foro a la inclusión de la filosofía jurídica en la currícula de

20 FULLER, L., *The Morality of Law*, 2a Ed., Yale University Press, New Haven and London, 1969, pp. 207 ss. y passim.

los estudios de derecho. En este caso la respuesta será doble: en primer lugar, se argüirá acerca de la pertinencia de esas críticas, y desde este punto, las objeciones aparecen claramente como inválidas en razón de que, generalmente, se trata de reproches excesivamente generalizados, cuando en realidad habría que esclarecer previamente a qué modalidades o corrientes de la filosofía jurídica se está refiriendo al realizarlas. Ello en razón de que las objeciones más comunes: abstracción excesiva, escasa vinculación con los problemas jurídicos realmente presentes en la praxis del derecho, debilitamiento de la seguridad jurídica y otros más, se dirigen acertadamente a un grupo de escuelas de filosofía jurídica, que se han mencionado más arriba como excluyendo de toda consideración filosófica los datos de la experiencia jurídica. En efecto, todas las filosofías que parten de una idea pura del derecho, de una ideología emancipatoria²¹, de una mera descripción de la facticidad del derecho o de un lingüismo excluyente, resultan claramente inservibles para los operadores de las praxis jurídicas y de sus derivados; es decir, no esclarecen nada, no ayudan a valorar las dimensiones del fenómeno jurídico, dejan fuera de consideración la mayoría de los elementos de ese fenómeno, no aportan nada al razonamiento y el juicio en el derecho, ni contribuyen a la estructuración de la ética de los profesiones jurídicas²².

Por el contrario, las filosofías del derecho que recurren como punto de partida de sus consideraciones a la experiencia

21 Véase, por todos: CAPELLA, J-R., *Sobre la extinción del derecho y la supresión de los juristas*, Fontanella, Barcelona, 1970, *passim*.

22 Véase, sobre este tema: CORTINA, A., "La misión de las éticas aplicadas en las universidades del siglo XXI", en *Humanitas*, N° 104, Santiago de Chile, 2023, pp. 336-345.

de las “cosas humanas”²³ jurídicas, y que, al mismo tiempo, vuelven reiteradamente a esa experiencia para verificar sus afirmaciones, no sólo son fácilmente comprensibles para los juristas prácticos, sino que proveen principios, datos y valoraciones que hacen posible la justificación racional radical de las afirmaciones práctico-jurídicas²⁴. Además, al partir de datos captados de modo objetivo, diversos de la subjetividad del hombre de derecho o de una idea meramente inventada por él, esos datos hacen posible alcanzar criterios rigurosos de verdad –de verdad práctica²⁵– y elaborar discursos prácticos que superen la arbitrariedad y el antojo en el ámbito las argumentaciones jurídicas.

Y en segundo lugar, y centrando el estudio en la finalidad que esas críticas persiguen, las objeciones de algunos miembros del Foro hacia el estudio de la filosofía jurídica pareciera que tienen como objetivo principal una salvaguarda estricta de la seguridad jurídica, entendida como la limitación del ámbito del derecho solo a las normas generales sancionadas por el estado y publicadas por éste, que por otra parte no pueden ser objeto de interpretaciones que trasciendan el mero nivel del lenguaje oficial. Ahora bien, según estos juristas, la filosofía del derecho lo único que hace es complicar lo que es simple, y poner en riesgo

23 Véase, en este punto: RODRIGO, P., *Aristote et les choses humaines*, Prefacio de Pierre Aubenque, Éditions OUSIA, Bruxelles, 1998 y HUTCHINSON, D.S., “Ethics”, en AA.VV., *The Cambridge Companion to Aristotle*, Ed. J. Barnes, Cambridge University Press, Cambridge–New York–Melbourne, 1996, pp. 195–232.

24 Véase, sobre la noción de “experiencia jurídica”: LAMAS, F.A., *La experiencia jurídica*, Instituto de Estudios Filosóficos, Buenos Aires, 1991, *passim*.

25 En este punto, véase: MASSINI-CORREAS, C., *La prudencia jurídica. Introducción a la gnosología del derecho*, 2ª Ed., LexisNexis, Buenos Aires, 2006, pp. 205 ss.

la mencionada seguridad, al otorgar a jueces y juristas argumentos para adaptar y modalizar la ley positiva en su aplicación, interpretarla valorativamente en términos de justicia, hasta llegar al escándalo de considerar que una determinada ley, al menos en ciertas circunstancias, podría no generar razones decisivas para la acción, es decir, hacerla perder su carácter obligatorio.

El problema de esta actitud es que parte de una concepción equivocada del derecho, al considerarlo como reducido a las normas generales positivas y provistas de sanciones coactivas para el caso de incumplimiento. Esta noción, que fue desarrollada por John Austin en el siglo XIX²⁶, ha sido reavivada más recientemente por las obras de algunos positivistas que han terminado reduciendo el derecho a la mera fuerza, como es el caso de Frederick Schauer en su libro *The Force of Law*²⁷. Tal como dice Luciano Laise en su tesis doctoral, no se trata para estos autores de que “el derecho pretenda coordinar la vida humana en sociedad ofreciendo razones para obedecer [o razones para la acción] sino meros motivos para temer”²⁸.

Por otra parte, la seguridad jurídica no debe ser concebida

26 AUSTIN, J., *The Province of Jurisprudence Determined*, Hackett Publishing, Indianapolis-Cambridge, 1998.

27 Véase: SCHAUER, F., *The Force of Law*, Harvard University Press, Cambridge Massachusetts & London, 2015. Este autor sostiene que “la nota característica del derecho es la forma en la cual nos dice qué hacer, y nos amenaza con consecuencias desagradables si no obedecemos”, p. ix. Sobre este texto, véase: MASSINI CORREAS, C., “Coacción en el derecho y razón práctica. Las limitaciones del positivismo jurídico en un texto de Frederick Schauer”, en *Persona & Derecho*, N° 81, Pamplona, 2019, pp. 127-150.

28 Laise, L., *Convencionalismo y realismo semántico en la interpretación constitucional*, Tesis Doctoral, 2015, *pro manuscrito*, p. 70.

como un fijismo legalista aceptado como inequívoco e inmutable, toda vez que una visión integral, realista y práctico-ética del derecho concibe a la seguridad jurídica en términos de exigencias de justicia, en este caso de justicia general o del bien común. En efecto, desde la visión realista, la firmeza, transparencia, certeza y determinación normativa son estrictamente instrumentales en orden al establecimiento de una vida social coordinada y armónica. Su valor final es la justicia del bien común, con la que el orden social de la comunidad completa²⁹, hace posible, condiciona positivamente y promueve la realización humana en sus dimensiones sociales, que innegablemente son la mayoría³⁰.

Por supuesto que, mal que les pese a los populismos ideológicos contemporáneos, ni el derecho ni la política tienen la posibilidad, ni los instrumentos, ni las estructuras capaces de constituir una felicidad y una alegría completa para todos. Es más, cuando se proponen decididamente a alcanzarlas terminan precipitando a la sociedad en el despotismo, la corrupción y el desatino³¹. Ese es el resultado de casi todas (no existe el determinismo histórico) las propuestas utópicas, ideológicas o simplemente dictatoriales, que rechazan la referencia a la observación sin prejuicios de las realidades humanas, así como la frecuentación de la literatura política y jurídica del mundo occidental.

Por todo ello, las críticas que se dirigen a la filosofía ju-

29 Véase: FINNIS, J., *Natural Law and Natural Rights*, Oxford University Press, Oxford, 2011, pp. 232-233 y *passim*.

30 Sobre esta temática, consultar: MASSINI CORREAS, C., *El derecho, los derechos humanos y el valor del derecho*, Abeledo-Perrot, Buenos Aires, 1987, pp. 216 ss.

31 Véase, en este punto: RATZINGER, J., *Iglesia, ecumenismo y política*, BAC, Madrid, 2005, pp. 259 ss.

rídica por parte de algunos profesionales del derecho por sus remisiones y análisis de la justicia como valor o idea central del derecho y por su búsqueda y explicitación de los principios fundantes del orden jurídico, resultan lisa y llanamente impertinentes, ya que dejan fuera de la consideración de la filosofía jurídica su dimensión más racional –y por ello más humana– así como su punto de partida en la experiencia de la realidad jurídica y, consiguientemente, los fundamentos de su comprensión radical e integral.

IV. La tercera pregunta

Ahora bien, y con respecto a la tercera de las preguntas planteadas, su respuesta será especialmente breve, ya que se trata principalmente de una cuestión fáctica, en la que se indaga acerca de un *factum* o hecho pedagógico: cómo se realiza hoy en día la enseñanza de la filosofía del derecho, con referencia al modo de enseñarla cincuenta años atrás. Y en este caso la respuesta será especialmente concreta, ya que ella no puede ser lineal ni universal, sino más bien contingente, es decir, dependiente de los países y las universidades que se tomen en consideración. Aquí se hará referencia a solo dos de las naciones latinoamericanas, la Argentina y México.

Ahora bien, si se parte de la observación de la realidad argentina, es posible afirmar que, en general, la enseñanza de la filosofía jurídica ha evolucionado bastante desde los años sesenta hasta nuestros días, teniendo en cuenta que en ese país la hegemonía de la obra de Hans Kelsen no gozó del alcance ni de la extensión que tuvo en la mayoría de las naciones de América Latina. Esto fue debido principalmente a la vigencia que tuvo,

entre los años 1940 y 1960 la filosofía jurídica de Carlos Cossio, cuya obra principal fue la *Teoría Ecológica del Derecho*, editada varias veces y traducida al menos a ocho idiomas. Crítico de Kelsen, Cossio ocupó un lugar intelectual importante en las universidades de Buenos Aires y de La Plata, disminuyendo de este modo la relevancia excesiva del jurista austríaco, que fue común en otros centros universitarios.

Por otra parte, en el ámbito del positivismo jurídico argentino, a partir de los años sesenta del siglo XX tuvo muy fuerte influencia la obra de Herbert Hart *The Concept of Law*, traducida por Genaro Carrió al castellano y editado por la editorial Abeledo-Perrot de Buenos Aires en 1961. Ahora bien, a raíz de la difusión e influencia del libro de Hart, los pensadores de la corriente iuspositivista se insertaron rápidamente en la tradición del positivismo analítico anglosajón, crítico de Kelsen, y desarrollaron sus estudios siguiendo las obras de Joseph Raz, John Mackie, Neil MacCormick, y otros iusfilósofos anglosajones. Esta corriente perdura hasta nuestros días, representada principalmente por las enseñanzas de Carlos Alchourrón, Eugenio Bulygin (fallecidos hace pocos años), Martín Farrell y Ricardo Guibourg. Por lo tanto, de la reseña anterior surge claramente que, al menos en la Argentina, la enseñanza de la filosofía del derecho ha distado bastante de permanecer estática o retrógrada; por el contrario, se ha mantenido incorporando las nuevas versiones, tanto del ius-positivismo como del iusnaturalismo.

Esto último porque también ha existido en la Argentina una fuerte corriente iusnaturalista, de carácter principalmente clásico-realista, centrada principalmente en los Cursos de Cultura Católica, que comenzaron dictarse a principios del siglo XX y de donde nació la Universidad Católica Argentina, que fue

la institución que más continuó activamente el desarrollo de la corriente iusnaturalista. Allí dieron clases de iusfilosofía notables intelectuales como Tomás Casares, Abelardo Rossi, Guido Soaje Ramos, Juan Alfredo Casaubón, Eduardo Quintana, Jorge Portela, Julio Lalanne, Daniel Herrera y varios más. Pero también en el interior del País han existido numerosos centros académicos y autores que han difundido acertadamente las ideas del iusnaturalismo clásico; entre estos autores se citará solo uno, el que aparece como el más relevante: Rodolfo Luis Vigo, de quien se mencionará solo su notable libro *Las causas del derecho*³².

Si bien el autor de estas páginas no conoce en profundidad la realidad de la enseñanza de la filosofía del derecho en México, tiene en claro que desde hace varias décadas ha existido allí una fuerte y esclarecida corriente iusnaturalista, con representantes como Rafael Preciado Hernández, Efraín González Morfín, Héctor González Uribe, Antonio Gómez Robledo, Agustín Basave, Eduardo García Máynez y Luis Recaséns-Siches. Todos ellos –para el que esto escribe, el mejor de todos fue Gómez Robledo– escribieron libros valiosos, ejercieron la docencia activamente y dejaron varios continuadores, como Roberto Ibáñez, Mauricio Beuchot, Hugo Ramírez García y Javier Saldaña³³.

Pero el positivismo jurídico también hizo lo suyo, especialmente en las universidades estatales, y durante la larga hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (oxímoron difícil de

32 VIGO, R., *Las Causas del Derecho*, Abeledo-Perrot, Buenos Aires, 2010.

33 En este punto, véase: MASSINI CORREAS, C., “El iusnaturalismo del siglo XX en Iberoamérica”, en *Ars Juris*, N° 42, Ciudad de México, 2009, pp. 173–191, y “La tradición tomista del derecho natural en algunas de sus versiones contemporáneas”, en prensa en la *Revista Jurídica Austral*, Buenos Aires, 2023.

entender), para el cual el positivismo se transformó casi en una religión sustitutiva de la Católica. Aquí, el sumo sacerdote era principalmente Hans Kelsen, que reinó por varias décadas, hasta ser sustituido por las corrientes anglosajonas, de carácter más matizado y menos dogmático. De todos modos ciertos arcaicos dogmas iuspositivistas, como el de la llamada “falacia naturalista” o “ley de Hume”, siguen vigentes en la enseñanza de varios docentes³⁴, entre los cuales vale la pena mencionar a Ulises Schmill, Rolando Tamayo y Salmorán y Fausto Vallado Berron.

Por todo ello, es posible concluir que la filosofía del derecho no se ha enseñado en estos países de la misma forma, al menos en cuanto a los contenidos, durante los últimos ochenta años. En efecto, las múltiples escuelas de pensamiento vigentes en esos años han cambiado y, dentro de las mismas escuelas, han habido desarrollos, precisiones, y la incorporación de perspectivas novedosas. Es cierto que algunas corrientes han permanecido estáticas y anquilosadas, pero pareciera que son las menos. Pero en general, las mutaciones experimentadas por las versiones del pensamiento filosófico-jurídico, han significado también una mutación en los contenidos de las asignaturas universitarias. No parece que varios de estos cambios y desarrollos hayan sido siempre para bien, pero sería falso sostener que desde hace décadas se enseña, en el ámbito de la filosofía del derecho, siempre lo mismo y de modo reiterativo.

Ahora bien, desde el punto de vista de los métodos y procedimientos de enseñanza, allí sí puede decirse que la didáctica

34 En este punto véase: ANDORNO, R., “El paso del ‘ser’ al ‘deber ser’ en el pensamiento iusfilosófico de John Finnis”, en *Persona y Derecho*, N° 19, pp. 9-32, y CIANCIARDO, J., “Modernidad jurídica y ‘falacia naturalista’”, en *Dikaion*, N° 13, Bogotá, 2004, pp. 27-42.

no ha variado demasiado, toda vez que sigue predominando el modelo de las clases magistrales, que ha sido superado hace años, preponderantemente en los países anglosajones. En este sentido, resulta bastante claro que la enseñanza de la filosofía del derecho ganaría mucho si se adoptara una didáctica más dialogal, predominantemente centrada en problemas y preguntas, en la redacción de monografías y su defensa frente al profesor y sus condiscípulos, en el tratamiento de las cuestiones filosófico-jurídicas más actuales y difundidas.

Y esto principalmente porque el estudio de la filosofía de las realidades humanas no alcanza la certeza que corresponde a otros saberes, como la matemática, la física o la lógica formal, y por ello debe ser enseñada con parámetros que sean adecuados a su carácter valorativo, principal, práctico-directivo, argumentativo y de enorme complejidad; todo ello hace que la filosofía jurídica sea filosofía práctica o práctico-ética, con sus propios métodos, argumentaciones y supuestos filosóficos. Pero esta temática metodológica no está incluida expresamente en la pregunta que debe responderse y, además, ha de ser objeto de un tratamiento más extenso, profundo y riguroso.

V. La cuarta pregunta

En esta breve exposición no es posible elaborar una solución tajante y unívoca a la pregunta acerca de cómo se podría adaptar la enseñanza de la filosofía del derecho al lenguaje y perspectivas contemporáneas; no obstante esto, resulta oportuno ensayar una o varias respuestas pertinentes y apropiadas, aunque provisionales, a la cuarta pregunta, fundamentalmente dos. La primera se refiere al *lenguaje* que debe usarse actualmente en el

derecho mismo, en su estudio y su enseñanza y aquí conviene remitirse a los textos de Tomás de Aquino que, en varias de sus obras, ha defendido que es preciso exponer las ideas filosóficas en el lenguaje corriente o usual en el momento y el lugar en el que se expresan esas ideas. Esto es así, ya que de otro modo se dificultaría su comprensión adecuada por los destinatarios del discurso. Un texto de Aquino es esclarecedor a ese respecto: “es mejor seguir el uso corriente del lenguaje [en las exposiciones], ya que según el Filósofo las palabras deben emplearse en su acepción más usual”³⁵.

De este modo, la respuesta que se propone es que resulta muy conveniente realizar la enseñanza de la filosofía del derecho –y del derecho en general– en el lenguaje corriente en el tiempo y lugar en que se realiza la praxis jurídica. Es cierto que el lenguaje, tanto del derecho como de la filosofía, adoptan fundamentalmente el habla usual o corriente, aunque incluyan siempre algunas expresiones técnicas imprescindibles para una expresión precisa y rigurosa. Pero lo que debería buscarse siempre en este lenguaje es la claridad, la coherencia, el rigor gramatical y el atractivo estilístico, de modo tal de transmitir adecuadamente el contenido de las normas, principios, sentencias, estudios, etc., que consisten en realidades proposicionales de carácter intencional–racional³⁶, y hacerlo en palabras que resulten

35 TOMÁS DE AQUINO, *Opuscula omnia*, Ed. Mandonnet, Tº III, p. 184, citado por: MARTINELLI, L., *Thomas d'Aquin et l'analyse linguistique*, Librairie Vrin, Paris, 1963, p. 76. Véase también del AQUINATE: *Summa contra gentiles*, L. I, cap. 1, primer renglón.

36 Véase: AA.VV., *Homo Loquens*, Edizioni Studio Domenicano, Bologna, 1989; en especial los capítulos de MURA, G., “Ermeneutica e ontología della parola”, pp. 77–103 y de FABRO, C., “Pensiero e linguaggio in S. Tommaso”, pp. 167–182.

comprensibles en la tarea de dirección y valoración jurídica de la conducta humana.

La segunda respuesta se refiere al término “perspectivas” que se incluye en la pregunta. El problema que plantea esa expresión, que se introdujo en el idioma castellano alrededor de 1438 y que en el DRAE se define como “conjunto de objetos que, desde un punto determinado, se presentan a la vista [o captación] del espectador [o cognoscente]”³⁷, es que existe todavía otra acepción, no recogida por la mayoría de los diccionarios, según la cual ese término se refiere al punto de vista intelectual desde el que se accede a conocer un objeto cualquiera o el aspecto de ese objeto al que se dirige la actividad cognoscente. Es decir que, más allá de las acepciones geométricas y artísticas de esa palabra, existen otras, de carácter racional-cognitivo, que son las que se utilizan en los discursos filosóficos y jurídicos, y que se refieren fundamentalmente al particular enfoque o visión desde la cual se conoce y comprende un objeto perteneciente a esas disciplinas. Y es a esta acepción a la que se referirá aquí en lo que sigue.

Pero al adoptar esta acepción intelectual, el principal problema que se plantea para responder la pregunta formulada es que las perspectivas desde las que se puede estudiar el derecho son muy numerosas: lingüística, lógica, antropológica, ontológica, ideológica, etc. Ahora bien, estos diversos modos de abordaje del derecho y de su filosofía, cuando se los asume de un modo excluyente y unívoco, adquieren el carácter de *reduccionismos*,

37 Véase: COROMINAS, J., *Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Gredos, Madrid, 1976; véase también: MAGNAVACCA, S., *Léxico técnico de filosofía medieval*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2005.

es decir, de doctrinas que contraen el estudio superior de una realidad a alguno de sus aspectos o a alguna de las perspectivas de estudio posibles, con exclusión de todas las otras. Esta deformación del pensamiento filosófico ha sido reseñada –y criticada– de modo superlativo por Étienne Gilson en su libro *La unidad de la experiencia filosófica*³⁸, y sobre todo explicitada por Evandro Agazzi en un trabajo titulado *Analogicità del concetto di scienza. Il problema del rigore de dell’oggettività nelle scienze umane*, en donde expone el valor del método analógico en oposición al meramente reductivo³⁹.

Pero más allá de los reduccionismos, que conducen a una depreciación de la filosofía del derecho, se ha visto en lo ya expuesto que es posible un abordaje práctico, realista y analógico de ese saber, que es *integral* (ya que comprende en su objeto *todo* lo jurídico), *realista* (porque comienza y se estructura sobre la base de la experiencia de las “cosas” jurídicas), *principlial* (pues estudia su objeto desde el criterio de los principios normativos universales), *analógico*, *dialógico* en cuanto a su metodología y *práctico-moral*, en cuanto se ordena a la realización de los bienes humanos en la sociedad política. Por todo ello, la filosofía del derecho realista, que tuvo sus primeros logros en el pensamiento de Aristóteles, y que ha continuado su andadura en todo el largo pensamiento de occidente, es la mejor perspectiva racional para la comprensión, valoración y dirección de las praxis humanas

38 Véase también: GILSON, È., *El realismo metódico*, Ed. bilingüe de E. Forment, Encuentro, Madrid, 1997.

39 AGAZZI, E., “Analogicità del concetto di scienza. Il problema del rigore e dell’oggettività nelle scienze umane”, en AA.VV., *Epistemologia e scienze umane*, Ed. V. Possenti, Editrice Massimo, Milano, 1979, pp. 57–76.

jurídicas con mente abierta y la que obtiene mejores resultados, si bien nunca perfectos, sí los más adecuados para la realización racional humana completa en el ámbito jurídico-social⁴⁰.

VI. Corolarios principales

Luego de estas ya largas consideraciones, corresponde extraer resumidamente los principales corolarios que se siguen de ellas. Si bien estos corolarios podrían ser varios, la exposición se concentrará en solamente dos:

a) Ante todo, en el que corresponde a las respuestas a las preguntas del *Coloquio*: a la *primera* (¿cuáles son las razones por las que se debe mantener esta materia en la enseñanza jurídica contemporánea?), la respuesta es claramente afirmativa, ya que ese saber (i) perfecciona el intelecto de los estudiantes, (ii) porque abarca tópicos que ninguna otra materia estudia específicamente, y (iii) porque hace posible conocer el sentido del derecho y la justificación racional de todas sus dimensiones; para la *segunda* pregunta (¿son atendibles las críticas dirigidas desde el foro profesional sobre su impacto en la formación de los abogados?), la respuesta es que decisivamente no son atendibles, ya que se refieren en prácticamente en todos los casos a versiones incompletas, infundadas y meramente constructivas de los estudios raigales y universales acerca del derecho y no a versiones de una iusfilosofía realista; la respuesta a la *tercera* cuestión (¿se sigue enseñando la filosofía del derecho de la misma forma que hace cincuenta años?), es posible dividirla en dos dimensiones:

⁴⁰ Una reciente versión del realismo jurídico puede verse en: ERRÁZURIZ, C.], *Il diritto come bene giuridico*, EDUSC, Roma, 2021.

(i) la referida a los contenidos de ese saber, y aquí la respuesta es negativa, ya que han existido mutaciones, desarrollos y actualizaciones en casi todas las escuelas de filosofía del derecho, con muy pocas excepciones; y (ii) la referida a la metodología didáctica que se ha utilizado en los últimos años, que si bien muchas veces ha permanecido estática, en otros contextos se han mejorado u optimizado los métodos de enseñanza, con una tendencia cada vez mayor a la adopción de prácticas dialogales, racional-prácticas y socrático-mayéuticas; finalmente, y en lo que se refiere a la *cuarta* de las preguntas (¿cómo adaptar la enseñanza de la filosofía del derecho a un lenguaje y perspectivas contemporáneas?), la respuesta es que ese empeño de adaptación resulta imprescindible, siempre que previamente se hagan algunas precisiones y aclaraciones: (i) la primera es que, en el marco de la tradición clásica, los desarrollos y exposiciones filosóficas, en especial las filosófico-prácticas, han de realizarse principalmente en el lenguaje habitual y vigente en el tiempo y lugar de su planteamiento, pero solo resultan válidas en el contexto de la concepción realista del lenguaje (cosas, ideas, palabras); y (ii) que si por “perspectiva” se entiende el criterio, ángulo de visión o aspecto desde el que se estudia filosóficamente al derecho, resulta conveniente conocer y utilizar todas las perspectivas serias y usuales, pero priorizando la realista clásica, ya que ella permite un conocimiento práctico-moral, integral, analógico, racional y experimental-realista de las realidades jurídicas.

b) Finalmente, la alternativa propuesta, la de la preferencia de un abordaje racional-práctico y realista de la realidad jurídica por parte de la filosofía del derecho, resulta ser indudablemente la clave de bóveda de los corolarios de todas las respuestas presentadas. En efecto, todas las réplicas estudiadas parten del

supuesto de que el estudio filosófico del derecho se inicia con un conocimiento experiencial, es decir, directo e inmediato, de los datos del conjunto de realidades sociales que normalmente se denominan como “derecho” o se las califica de “jurídicas”⁴¹. En este punto, Michel Villey ha escrito que:

“... no ha habido nunca un auténtico filósofo del derecho que no haya reconocido la experiencia inmediata del derecho como materia de sus investigaciones [...]; si prefiero –concluye– la definición del derecho de Aristóteles y de Tomás de Aquino a las que se han pedido prestadas a Hobbes y a Rousseau, es porque la primera capta mejor la experiencia”⁴².

De aquí se sigue que el carácter raigalmente experiencial-práctico del realismo filosófico-jurídico hace posible una captación del fenómeno del derecho de carácter integral, en todos sus niveles, valorativa y práctico- normativa, sin la cual la enseñanza universitaria del derecho quedaría desvirtuada, parcializada, empobrecida y privada de su sentido auténtico y esencial.

⁴¹ Véase: MASSINI CORREAS, C., “Entre reduccionismo y analogía. Sobre el punto de partida de la filosofía del derecho”, en *Persona & Derecho*, N° 66/67, Pamplona, 2012, pp. 353-385.

⁴² VILLEY, M., *op. cit.*, pp. 163-164.